

gular; pues no puede menos de ser una cosa distinta de ella enteramente, ó de lo contrario ya no seria la regla. ¿Cómo nuestros sentimientos serán la regla de nuestros sentimientos, nuestra razon la regla de nuestra razon? Esto es notoriamente contradictorio. Y si nuestra razon, nuestros sentimientos, por estar siempre propensos á extraviarse, necesitan de una ley cierta é invariable que pueda rectificarlos, esta ley, desde luego muchas veces opuesta á lo que sentimos y pensamos, no puede hallar su certeza en los mismos pensamientos y sentimientos, á quienes ella reconoce por objetos de su destino, que es preservarlos del error, y cuando ni la verdad ni la bondad no tienen la certeza de tales, sino por ella misma.

Podria ser bastasen estas reflexiones para convencerse de que, ni el sentimiento ni el raciocinio son el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera Religion. Mas la importancia de esta verdad exige demos mayor extension á sus pruebas. Esto es lo que nos proponemos hacer en los capítulos siguientes.

CAPITULO VI.

EL SENTIMIENTO U LA REVELACION INMEDIATA NO ES EL
MEDIO GENERAL DADO A LOS HOMBRES PARA
DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION.

Tan grande como aparece el hombre cuando se le contempla en sus relaciones con sus semejantes, en medio del orden de que forma parte, tanta compasion inspira, cuando rompiendo los vínculos de esta noble dependencia, no quiere

ya depender mas que de sí mismo. Huyendo toda sociedad, y privado de los bienes de que participaba como ser social, despojado, desnudo, lleva consigo al desierto una triste soberania, que no es más que la esclavitud de todas las miserias. Andará este soberano, este espíritu sin dueño, buscando acá y allá en la noche algunas verdades perdidas para alimentar su razon moribunda; pero es inútil: estando solo nada es, nada puede, ni aun vivir. Si duda, suba hasta el instante en que nació, y representese lo que es el hombre al salir de la nada. ¿Qué trae consigo? ¿Qué posee? Consultad vuestra memoria; nada os responderá. El niño entonces, lo mismo que el animal, no tiene mas que sensaciones obscuras y sordas. Ninguna idea, ningun conocimiento, ningun sentimiento hasta tanto que los reciba de otro: todo le ha de venir de fuera, y nada tendrá que no se le haya dado. Su inteligencia se consumiría en un eterno sueño, si la palabra no la despertase: esta le saca poco á poco de su letargo; abre sus ojos adormecidos y le familiariza con la luz. La razon se desenvuelve, nace el amor, y este ser que solo pertenecía al

mundo de los cuerpos, superior y mas poderoso que el tiempo, se ve transportado repentinamente á la sociedad eterna. ¿Y cómo? Oyó, creyó, y obedeció. La fe, por decirlo así, creó esta alma, y la dió la conciencia de sí misma. Al traves de las profundas tinieblas que la rodeaban, la trazó una senda segura, y la condujo á la fuente de toda luz y verdad. Sin embargo, al llegar á ella, el hombre se avergonzará de su guia, la desconocerá y negará, y dirá orgulloso: Yo he venido solo, y solo he de subir mucho mas alto; y vele aquí que solo efectivamente, camina y vuelve á los lugares de donde habia partido.

Asi hemos visto que desde luego que se desprende de la sociedad religiosa, y se resiste á obedecer el poder que la constituye, el hombre que es consecuente, pasa de duda en duda por un progreso natural, de la heregía al deismo, de este al ateismo, y de aquí á un escepticismo universal. Bien sea que siga su razon, bien que se deje guiar por el sentimiento, llega del mismo modo á este último término donde acaba el ser

inteligente. Si algunos espíritus empeñados en este camino de muerte, no le recorren por entero, es su flaqueza y no su fuerza quien los detiene.

¿Y cómo la inspiracion particular ó el sentimiento podria ser el medio general dado á los hombres para descubrir la Religion verdadera, cuando como lo hemos hecho ver, ni aun puede conducirlos á ninguna verdad cierta? Ningun espíritu finito ó limitado tiene en sí el principio de la certeza. Esta solo existe en la sociedad, depositaria de las verdades que el hombre recibió de Dios en su origen, y que ella conserva y transmite por la palabra. Las ideas nacen en nosotros con su expresion; y aprender á hablar, es aprender á pensar, así como aprender á pensar, es aprender á creer. La certidumbre pues de nuestros conocimientos es proporcionada á la autoridad de aquel que nos los comunica, ó del testimonio que los atestigua, y si la autoridad es infinita, lo es tambien la certeza.

De aquí se sigue que es imposible llegar por

Véase part. III, cap. I.

sola la inspiracion á la certeza; porque ¿qué es lo que hace la inspiracion? Pone en nuestro espíritu, con independencia de la palabra exterior, ideas que se nos transmiten en el orden comun por esta palabra. Por tanto, para reconocer la verdad es necesario, ó examinarlas en sí mismas con ayuda del racionio, es decir, buscar la certeza fuera de la inspiracion; ó asegurarse de que la inspiracion viene de una autoridad infalible, lo que nos vuelve á hacer venir otra vez al racionio, á menos que no haya otra nueva inspiracion, la que tambien tendria necesidad de ser probada como la primera, y así al infinito. La persuasion mas invencible de que se está realmente inspirado, nada prueba*, pues que

* Es lo que mas se recomienda en la Iglesia católica con respecto al modo, como las almas deben conducirse en materia de inspiraciones: y es el desconfiar de las que se piensa tener, ó de las que se piensa haber tenido. La inspiracion se prueba, no por lo que siente la persona que se imagina inspirada, sino por los signos exteriores, es decir, los milagros tales como Moises y Gedeon los pedian; ó por el juicio de la autoridad que declara la inspiracion verdadera; es así únicamente como estamos ciertos, de que los Libros santos mismos han sido realmente inspirados por el espíritu de Dios.

todos los entusiastas tienen esta persuasión. Y cuando los deistas preguntan por que Dios no ha fundado el Cristianismo en una revelacion interior hecha á cada hombre individualmente, mas bien que en la revelacion exterior y general, viene á ser como si preguntasen por que Dios no ha establecido una Religion desnuda de pruebas.

Carlos Bonnet dice: « Yo estoy obligado á reconocer que he sido formado, para que me conduzcan la reflexion y los sentidos: una *revelacion interior*, que me persuadiese con la mayor eficacia de la certeza de un estado futuro, no estaria, pues, en la analogía de mi ser. Está el hombre enriquecido con diversas facultades intelectuales: la reunion de estas facultades constituye lo que se llama *razon*. Si Dios no quisiera forzar al hombre á creer, si no quisiera mas que hablar á su razon, hubiera obrado quanto al hombre, como quanto á un ser *puramente* *intelectivo*. Le hubiera hecho oír un lenguaje adaptado á su razon, y hubiera querido aplicase él su razon á investigar este lenguaje, como la mejor investigacion en que pudiera ocuparse.

« Como la naturaleza de este lenguaje es tal, que no podria dirigirse directamente á la razon de cada individuo de la humanidad, era muy necesario la hubiera adaptado el legislador á los medios *naturales*, por cuyo auxilio llega la razon humana hasta convencerse de la certeza moral de los acontecimientos pasados, y á estar asegurada del orden, ó de la especie de los mismos.

« Estos medios *naturales* son los contenidos en el testimonio: pero este supone siempre *hechos*... El fundamento de la creen-

Pero basta, para decidir la cuestion que tratamos, considerar los hechos. Consultemos nuestra experiencia: ¿hay siquiera una verdad entre las que conocemos que hayamos descubierto en nosotros? ¿Criados en los bosques, lejos de nuestros semejantes, tendríamos las mismas ideas, los mismos sentimientos? ¿Qué sentiamos antes que se nos hubiese dado el pensamiento con la palabra? ¿Qué dogma hemos hallado escrito en el fondo de nuestro corazon? ¿Dónde estaba Dios para nosotros antes que nos le nombrasen? Séamos ingénuos; el sentimiento no nos instruye mas acerca de las leyes de nuestra conservacion como seres morales é inteligentes, que nuestras sensaciones sobre las leyes de nuestra conservacion como seres físicos. No hay sentimiento alguno innato, si lo hubiese se manifestaria de un mismo modo en todos los hombres. Lo en ellos innato es la facultad de recibir cier-

cia del hombre sobre su destino en el porvenir, ha sido reducido de este modo por el sabio autor del hombre, á pruebas de *hecho*, á pruebas palpables, y al alcance de todos los hombres, aun el mas limitado. » *Palingén. philosoph.*, part. XVIII, cap. 1 y u. *OEuvres*, tom. XVI, p. 226, 234, 253

tos sentimientos, como tambien ciertas ideas necesarias á todos, y la disposicion natural, por la que sucede afectarse ellos de un modo semejante en unas mismas circunstancias. Acontece aqui como en la luz, la cual no está primitivamente en el ojo, sino que como que es análoga á su naturaleza, produce en todos los ojos la misma impresion. Por esto no existe el sentimiento, distinto de la facultad de sentir, sino en virtud de una causa distinta al mismo tiempo de sí mismo y de esta facultad : este sentimiento nace del pensamiento, siempre determinado por ella. El que nada conociese, nada amaria ni aborreceria. ¿Qué son las verdades de sentimiento, sino el alma que ama la verdad que su razon conoce? Ellas pasan del entendimiento al corazon, y el sentimiento es bueno ó malo, segun la causa que le determina, es decir, segun la verdad ó el error que hay en el espíritu ; y para convertir el sentimiento en principio de los conocimientos necesarios, es forzoso negar la razon ó aniquilar el ser inteligente.

Rousseau ofrece un ejemplo singular. Confundiendo de intento el sentimiento y las sensacio-

nes dice : « Sentimos antes de conocer ¹. » Y un poco mas abajo : « Limitémonos á los primeros « sentimientos que hallamos en nosotros mismos, « pues que á ellos nos vuelve siempre á conducir « el estudio, cuando no nos ha extraviado ². » Desde luego la razon viene á ser inútil ; y en concurrencia con el sentimiento debe la razon callar, como él mismo lo dice en términos formales : « Aun cuando todos los filósofos *probasen* « que yo he errado, si sentis que yo tengo ra- « zon, nada mas quiero ³. » Y en efecto, ¿qué mas podia apetecer, pues que el sentimiento ó la conciencia, *juez infalible del bien y del mal, hace al hombre semejante á Dios, forma la excelencia de su naturaleza y la moralidad de sus acciones?* « Sin tí, » dice, « nada siento en mí que sobre « los brutos me encumbre, como no sea el privi- « legio triste de descarriarme de errores en erro- « res, en pos de un entendimiento sin regla y de « una razon sin principios ⁴.

¹ *Emilio*, lib. IV.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

El sentimiento pues es la única senda por donde el hombre puede llegar al conocimiento de la verdad, segun Rousseau. Esto no le impide recurrir en otras partes á esta razon sin principios y á este entendimiento sin regla, para descubrir con su auxilio la Religion verdadera. « ¿ Indagamos sinceramente la verdad? Pues no atribuyamos nada al derecho del nacimiento, ni á la autoridad de nuestros padres y pastores, empero acrisolamos al exámen de la conciencia y la razon todo cuanto desde nuestra niñez nos enseñaron. Vano es clamarme: sujeta tu razon; lo mismo me puede decir el que me engañe. Para sujetar mi razon necesito razones¹. » Y despues: « La fe se asegura y fortalece por el entendimiento: la mejor de todas las religiones es infaliblemente la mas clara..... El Dios que yo adoro no es un Dios de tinieblas; no me ha adornado con un entendimiento para prohibirme luego use de él. Decirme que sujete mi razon es injuriar á su autor. El ministro de la verdad no tiraniza mi razon, la ilustra.² »

¹ Emilio, lib. IV.

² Ibid.

Luego segun Rousseau se puede elegir entre dos métodos para discernir la verdadera Religion; el uno fundado en el raciocinio y el otro que le excluye. « El sentimiento interior, » dice, « es el que debe conducirme¹..... Lo que Dios quiere que un hombre haga no se lo hace decir por otro hombre, sino que se lo dice él mismo, lo escribe en el fondo de su corazon. »

Si así es, todos los hombres deben encontrar la verdadera Religion escrita en el fondo de su corazon, pues que sin duda ella contiene todo lo que Dios quiere hagan los hombres, y además, lo que es necesario crean; porque tambien es

¹ Emilio, lib. IV.—Madama de Staël adopta esta doctrina y la aplica tambien á la política; de modo que cada uno debe buscar en si mismo ó en sus *sentimientos íntimos*, cual es la mejor religion, la mejor moral, la mejor legislación, y la mejor forma de gobierno; porque todo esto lo conocemos por una *revelacion perpetua*. Son curiosísimas las expresiones de esta muger filósofa para que dejemos de citarlas aquí. « No hay cuestion alguna de moral, ni de política en la cual sea necesario admitir lo que se llama autoridad. La conciencia de los hombres es una revelacion perpetua para ellos, y su razon un hecho inalterable. Lo que forma la esencia de la Religion cristiana es la armonia de nuestros sentimientos íntimos con las palabras de Jesucristo. » *Considerations sur les principaux événemens de la Révolution française*, par madame de Staël; tom. III, p. 45.

necesario creer en Dios para tributarle un culto, y en una ley moral para obedecerla voluntariamente. Mas, en este caso explíquenme la diversidad de Religiones. « Si, » dice Rousseau, « no se hubiese oído mas que lo que Dios dice al corazón del hombre, nunca hubiera habido mas que una religion sobre la tierra ». Es decir, que todos los hombres en todos tiempos habrían creído los mismos dogmas y obedecido los mismos preceptos.

Sofista, respondió ahora: ¿ No hay mas que una religion en la tierra? ¿ es esto lo que vemos? ¿ y qué viene á ser vuestra regla desmentida por los hechos? En vano se dirá que los hombres no han escuchado. No se trata de escuchar sino de sentir. Y los hombres no son dueños de no sentir lo que sienten. Por tanto, tan imposible es para ellos, en vuestra hipótesis, confundir la verdad con el error, como el dolor con el placer. No podrían pues ni engañarse acerca de sus obligaciones, ni dejar de cumplirlas, pues que naturalmente amarían el bien y aborrecerían el mal.

• Emilio, lib. IV.

La Religion verdadera seria un sentimiento invencible y el mismo en todos. Seria su mismo ser; porque admitiendo la suposición de los sentimientos innatos, seria fácil representarse al hombre desnudo de toda idea adquirida; pero seria imposible concebirle privado de aquello que constituiria el fondo de su naturaleza moral é inteligente.

La diversidad pues de religiones, prueba que el sentimiento no es el medio general establecido por Dios para hacernos discernir la verdadera. Véase cuantas creencias opuestas abrazan los hombres con una convicción tan firme por una como por otra parte. El sentimiento de lo verdadero y lo falso, del bien y el mal, tan variable como sus ideas, depende de la educación, de las preocupaciones, y de mil causas exteriores que le modifican según los lugares, tiempos, opiniones recibidas, é instituciones. Lejos de ser este sentimiento alguna cosa primitiva y anterior á la fe, la fe es quien le determina, como la enseñanza determina la fe. ¿ Acaso es por sentimiento que el cristiano cree en la Trinidad, el musulman en Mahoma, y el Indio en Buddah? ¿ Era

por sentimiento que ciertos pueblos ofrecían á divinidades horribles la sangre de sus hijos y el pudor de sus hijas? Obedecían á una ley falsa que Dios ciertamente no habia escrito en su conciencia, y la obedecían sin remordimientos, porque el error del espíritu producía un error análogo en el sentimiento.

Y esto debe dar á conocer el absurdo de los que, deseando conservar los deberes y repudiar los dogmas, dicen como Rousseau: « La fe es indiferente, la moral sola no lo es »: porque la moral y la fe son inseparables, y así como no hay dogma del que no se deduzca un deber, no hay tampoco un deber que no suponga un dogma como su fundamento, y los dogmas, son puramente los deberes del entendimiento. Está íntimamente unido á cada punto de fe un precepto correspondiente á él. Para obrar es absolutamente necesario creer. Así, pues, el primer artículo del simbolo *creo en Dios*, es la razón del precepto que manda adorarle y tributarle un culto, y no sería posible imponer á nadie la

Emilio, lib. IV.

obligacion de adorar á Dios, y darle un culto, si no se pudiera hacerle una obligacion de creer en él. Ciertas verdades determinan los deberes respectivos á Dios, otras los respectivos á los deberes del hombre, y tanto estas verdades como estos deberes tienen mútua dependencia entre sí. ¿Cómo habria obligacion en el orden moral de abstenerse, por ejemplo, del robo y el adulterio, si no hubiera obligacion de creer que el robo y el adulterio son crímenes? Como está enlazada la idea misma del crimen y de la virtud con la general de la ley, así como tambien con la de un legislador supremo, cuya voluntad sumamente justa constituye el orden, es indispensable se nos manifieste esta voluntad para que la sepamos, es necesario creerla para prestarle obediencia, y la moral es tan de fe como el dogma.

Es trabajoso concebir la locura de los deístas que buscan en el corazón su propia ley¹, así

¹ « Los actos de la conciencia no son juicios, sino sentimientos; aunque nos vengan de fuera todas nuestras ideas, los sentimientos que las valdán están dentro de nosotros, y por ellos

como la ley misma de la razon; quienes además piden á las pasiones la regla de lo que se debe creer, á los deseos la de lo que se debe querer, y quienes por último quieren salga la perfeccion misma del hombre del propio manantial de su corrupcion. Y ¿qué es lo recomendado por todos los moralistas en todos tiempos y paises, sino la resistencia contra todas las inclinaciones de nuestro corazon, á desconfiar de sus dictámenes, no pocas veces funestos? Pero, se nos responderá, si él nos inclina al mal, tambien nos conduce á lo bueno, y el atractivo del placer tiene su contrapeso en el temor que inspiran los remordimientos. Aun cuando fuese todo esto siempre verdad, ¿qué resultaria? ¿Qué luz puede tenerse de ello con respecto á nuestros deberes reales? Me mostrais un ser sometido á la accion de dos fuerzas contrarias, pero no me decis, como recono-

« solos es por quienes conocemos la conveniencia ó inconveniencia existente entre nosotros y las cosas que debemos buscar ó evitar. » (*Emilio*, lib. IV.) — « Cada hombre hallará en su corazon la regla de su conducta, con tal que su corazon sea sencillo. » BERNARD. DE SAINT-PIERRE. *Cabaña indiana*.

cerá él la que es ley de su naturaleza moral, ley obligatoria y capaz de obligarle á obedecer. Reconoced en lo que él siente, en sus afectos considerados en sí solos, un motivo de ceder antes al temor que al deseo; un motivo de juzgar que el deber, segun decis, siempre indicado por el sentimiento, pueda oponerse al sentimiento mas imperioso en caso alguno. ¿No sucede con frecuencia cometerse una accion mala con entero gusto? ¿No cuesta nunca trabajo el obrar bien? Decidnos, pues, por qué medio distinguir lo uno de lo otro en vuestro sistema; decidnos lo que es la virtud, lo que es el crimen, qué la verdad y el error.

Debe ser el sentimiento la regla, la guia de nuestras acciones; pues entonces, ya no hay desorden que no se pueda calificar de justo, pues que no hay alguno que no tenga su causa en una pasion violenta, ó en un sentimiento dominante del alma. Me parece que nadie se resuelve á degollar á su prójimo, para combatirse á sí mismo, ni para vencer el natural horror al asesinato. Se obedece á un deseo poderoso que subyuga la voluntad, se usa exacta y

rigorosamente del medio mismo que decis ser infalible, para distinguir lo bueno de lo malo.

Aun no es esto todo; porque, ó nos dejará este medio en la incertitud quanto á los deberes de la inteligencia acerca de lo que estamos obligados á creer; ó deberá servirnos aun para distinguir lo verdadero de lo falso en cosas que no se sienten, pero que se juzgan. ¿Sentis que la materia no podría sentir? ¿Sentis ser ella criada? ¿Sentis sucederá á esta vida otra que no tendrá fin? ¿Sentis los castigos y premios eternos? No; me respondeis: pero yo juzgo de todo esto por *sentimiento*. Eso quiere decir juzgais por medio de otra cosa que por vuestro juicio, con una facultad pasiva de su naturaleza, por lo mismo incapaz de juzgar, ni de discurrir. Y si discurrís y juzgais por el sentimiento, ¿por qué no sentís por el discurso? No sería lo uno mas extravagante que lo otro. ¡Monstruoso desvario! ¿Pero á qué no se sujeta el entendimiento para quedar libre? No se quiere tanto decir *yo siento*, tratando de cosas que pueden sentirse, como por no verse forzados á decir *creo*, en cosas que deben

creerse y porque mande crearlas una infalible autoridad*.

* Nunca el orgullo de la razon llegó á ser tan extremoso como en este siglo, y jamas se vió una inclinacion tan decidida á resolver las cuestiones sublimes de religion, de moral, y aun de politica, por *sentimiento*, ó por una regla independiente de la razon. Pero oigamos lo que pensaba Bayle de esta clase de pruebas: «Las pruebas de sentimiento nada concluyen. Las hay en Sajonia tocante á la presencia real, lo mismo que en Suiza tocante á la ausencia real. Cada pueblo está penetrado de pruebas de sentimiento á favor de su religion: luego mas veces son falsas que verdaderas.» (*Continuation des pensées diverses*, tom. III, p. 150.) Pruebas que nada concluyen, son pruebas que nada prueban, ó en otros términos, no son pruebas. Esto no quita que Rousseau insista, con todo el empeño que hemos visto, en estas pruebas que nada prueban. *El sentimiento es, dice, el que debe conducirme. Lo que yo siento que está bien, está bien, etc.* Si se le da oído, el sentimiento es el fundamento único de la moral; nunca se extraviaría el hombre, si siguiese siempre lo que su corazon le dicta. Esto es lo que Rousseau repite casi en cada página de su *Emilio*. Puede ser que creais que él estaba profundamente persuadido de esta doctrina. Oid lo que escribia confidencialmente á uno de sus amigos: «Si: yo estoy convencido que no hay hombre alguno, por hombre de bien que sea, que si siguiese siempre aquello que su corazon le dicta, no viniese á ser en poco tiempo el mas atroz de todos los malvados.» (*Lettre de Rousseau à Tronchin*, citada en las *Mémoires de madame d'Épinay*; tom. 5, p. 192.) No apoya y fortifica maravillosamente esta confesion lo que él mismo dice en favor de la regla del sentimiento? Por lo demas, si el sentimiento fuese una prueba de verdad, entre los locos sería d-mde deberíamos buscar las verdades mas ciertas; porque segun parece,

El hombre no trae consigo mas que necesidades que la sociedad debe satisfacer, y sola ella puede satisfacer. Su cuerpo necesita de alimentos, la sociedad se los da; su alma necesita de verdad, la sociedad se la da. ¿Qué niño ha dicho: yo siento á Dios, antes que se le hubiese hecho conocer? Se le nombra, y tiene ó forma la idea; se le enseña á pedirle y adquiere el sentimiento; se le dice: esto es bueno, aquello malo, y se desenvuelve la conciencia. He aquí el orden de la naturaleza. Así, nunca hubo pueblo alguno cuya religion estuviese fundada en el sentimiento ó la inspiracion particular de cada individuo. Todos, creyendo, se han sometido á una autoridad exterior y en su concepto divina en su origen. Jamas les ocurrió que cada uno encontrase la Religion en su corazon sin otra instruccion. Todos los pueblos pues deponen con una perfecta unanimidad contra el sistema que quiere sea el sentimiento ú la inspiracion individual, ó

tan to mas fuerte es la prueba quanto mas enérgico es el sentimiento, y el sentimiento que produce el error que constituye la locura es absolutamente invencible.

la revelacion inmediata, el medio general para reconocer la verdadera Religion. Mas como ya hemos observado tantas veces, el testimonio del género humano, que es la expresion de la razon universal, es infalible: y negarle, es negar la razon y renunciar á la certidumbre.

Y en efecto, ¿cuando Rousseau quiere hacer del sentimiento el principio de la fe y la regla de las costumbres, no se ve llevado á negar la razon? ¿Y cuando los pretendidos reformadores de la Iglesia, Jurieu, Claudio y sus discipulos adoptando el mismo error, se persuadieron que el único camino para llegar seguramente á la verdad en materia de religion, era lo que ellos llaman la *senda de impresion, sentimiento, ó de gusto* no desecharon, no solo la razon humana sino tambien hasta la divina, pues que no temieron sostener que basta proponer á los hombres un sumario de la doctrina cristiana, y que al punto, sin necesidad de mas exámen, es decir, sin intervencion alguna de la razon, y *con inde-*

Le vrai Syst. de l'Eglise. lib. II, cap. XX, XXI; lib. III, cap. II, III, V, IX, X, etc.